

## Presentación

**L**os hechos de la guerra están inscritos en una historia, a veces remota, a veces cercana, en la que es posible encontrar motivos desencadenantes; en la que podrán encontrarse factores que le otorgan dimensión política o que le niegan tal condición y, aún, en la que podría rastrearse razones de validación o invalidación para aquellos que buscan justificaciones. Estos elementos que se han acumulado históricamente en el conflicto armado colombiano y la multiplicidad de circunstancias que se le han agregado y confluyen en él recientemente, han hecho intrincado el fenómeno y lo sitúan en un punto límite en relación con su propio devenir.

Este punto límite está dado por fenómenos propios de la guerra como la aparición de nuevos actores armados con acciones de guerra irregulares e ilimitadas, la combinación creciente de estrategias militares y políticas intensivas y extensivas para el copamiento de territorios por estos actores, los efectos reales y simbólicos de un proceso de paz entre el Gobierno y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) en medio del desarrollo de la guerra, y la nueva intervención de gobiernos extranjeros en el conflicto.

Estos hechos al parecer nos ubican en un momento en el que la guerra podría separarse definitivamente de lo político. En esta fase los ejércitos enfrentados ganan autonomía en relación con los aparatos políticos a los que supuestamente estarían subordinados, la sociedad se plega indefectiblemente a la guerra, la confrontación se convierte en un fin en sí mismo y se prolonga tanto como sea capaz de reproducirse según su lógica militar. Tiene lugar una *guerra de aniquilación*, según el término de Hannah Arendt.

Por esto, en el momento actual de desarrollo del conflicto armado colombiano y del proceso de negociación entre el gobierno colombiano y las Farc, es pertinente

plantearse de nuevo esa vieja pero vigente cuestión de que la guerra es un medio de la política pero también puede dejar de serlo. Esto último es lo que hay que evitar a toda costa.

Aunque la guerra sólo la detienen quienes la hacen, la academia así como los medios de comunicación podrían favorecer una politización del conflicto armado si asumen la función de explicar su dimensión histórica, que es también su dimensión política, y si forman, en consecuencia, una "opinión" favorable a la salida negociada del conflicto.

En Colombia existe hoy una abundante producción informativa sobre el conflicto armado y sobre la violencia. Sin embargo, esto no significa una contribución automática y positiva a la claridad requerida para leer aquellos fenómenos y mucho menos para comprender el momento histórico por el que atraviesan. En cuanto se hace una relectura de los hechos de la guerra que evade recurrentemente el análisis de la historia de la confrontación, de sus agentes, de sus razones y motivos, de los efectos sobre la población rural y urbana, se produce un relativismo descontextualizante que los torna aún más inaprensibles e ininteligibles de lo que naturalmente son.

En estas condiciones se refuerza una sensación social de malestar, de "inseguridad" y de desorden en la cual toma forma el miedo individual y colectivo, así como la parálisis que inhibe cualquier tipo de reacción realmente pública contra unos fenómenos que han sido privatizados hasta en su tratamiento informativo. Se genera entonces una limitación a la capacidad de los colombianos para concebir, con suficiente información, juicios políticos, es decir, juicios racionales y públicos, bases de cualquier acción colectiva para exigir a los gestores y actores de la guerra que detengan su actividad.

Con este uso de la información los hechos de la guerra pueden alcanzar, entonces, una dimensión extremadamente desproporcionada –sublimándolos o subvalorándolos– si no se los relaciona con la historia, con las dinámicas y con la problemática en que están insertos: su significación histórica se desfigura o se transfigura tanto como el entorno en el que surgen. Y en cuanto parece imposible establecer un parámetro de "buena información" o de "transmisión formativa" para la actividad de los medios –y para el trabajo de la academia–, atar los hechos de la guerra a su contexto podría ser por lo menos conveniente a la hora de optar por la política y por una sociedad civil; es decir, por esos dos mundos cuya acción y cuyo control pasan por la percepción, en parte directa y en parte mediática, de los hechos.

Los artículos que se incluyen en este número de la revista se refieren precisamente a muchas de las cuestiones que no podrían dejar de considerarse a la hora de tratar de leer el conflicto colombiano y los problemas que va configurando. Con ellos, el Instituto de Estudios Políticos busca contribuir al ejercicio de comprensión y explicación del conflicto armado y de la violencia en Colombia.

Juan Carlos Vélez Rendón  
Director revista Estudios Políticos  
Agosto de 2000



Instituto de Estudios Políticos  
Jere Unidad de Documentación